



Una revolución cultural

Cada mañana, al desayuno, ojeo el periódico local que me ofrece una abigarrada información, alguna interesante, otra sesgada, con frecuencia banal y mucha con tinte comercial. El considerable fárrago de páginas pasa en pocos minutos ante mis ojos.

En la oficina, comienzo mi trabajo frente a la computadora. Consulto allí algunas fuentes informativas de calidad mundial en busca de información valiosa, que otros periódicos locales ideológicamente polarizados "filtran". Escojo los artículos que juzgo más acertados desde una perspectiva cristiana y los envío por correo electrónico a una lista considerable de amigos residentes en Centro América, Cuba, Estados Unidos y otros países más. La operación me lleva pocos minutos.

Por la noche elijo un noticiero de prestigio en la televisión, que me pone al tanto de los acontecimientos relevantes sucedidos ese día en cualquier país del mundo. En ese momento soy espectador en primera fila de hechos de gran relieve, algunos de ellos de impactante gravedad.

Si el cansancio no es grande, exploro la multitud de canales de TV disponibles en busca de una buena distracción: película, música, documental, deporte. El menú es asombroso.

Ya en la cama, no resisto la tentación de leer unas cuantas páginas de algún libro apasionante. Tengo varios en lista de espera. O alterno con música de mi agrado comprimida en un delgado CD.

Vivimos sumergidos en un mundo saturado de mensajes. Nos asaltan por la calle, interrumpen nuestro trabajo, nos fascinan por su belleza estética, nos condicionan con su impacto subliminal.

Es un mundo multimedial el que está brotando con una energía desbordada: palabra, sonido, imagen, movimiento, color. Los recursos técnicos de que disponemos son asombrosos. Y es apenas el comienzo de una revolución cultural de la que tenemos apenas pálidos atisbos.

Los niños y jóvenes navegan con soltura por ese mundo de la comunicación multimedial. Los adultos

nos sentimos sobrecogidos y a veces desbordados.

Un reto gravísimo se impone a la educación. Ya no se trata de transmitir conocimientos, sino de enseñar a navegar. Niños y jóvenes cuentan con barcas nuevas, poderosas, relucientes. Pero el océano que los hipnotiza está lleno de escollos. A los educadores les corresponde la difícil tarea de adiestrarlos para que se internen en el país de las maravillas sin sufrir daños irreparables. Que disfruten de una travesía enriquecedora.

La iglesia se mueve entre la aprensión, el desconcierto y el entusiasmo. Esta revolución mediática nos ha tomado de sorpresa. Algunos aventureros han intuido el enorme potencial para la evangelización que traen estas herramientas prodigiosas.

Los salesianos deberíamos sentirnos cómodos y hechizados por estos recursos poderosos y lanzarnos a su uso con la misma audacia con que Don Bosco utilizó los de su tiempo.

Heriberto Herrera